



El horno, majestuoso y solemne, solitario y mudo en medio de la tinajería. Esta soledad y esta mudez son tan acentuadas que parecen la muerte misma, rodeado ya de otros brotes de vida que lo han de invadir y destruir como pasa en todo cementerio abandonado.

A la derecha la rampa del horno sobre la bóveda de la olla de ese lado. Es la rampa que sube a la lumbrera por donde se completa la carga. Está como el piso, cubierta de pajones de no pasar por ella. La pirámide funeraria que guarda los restos milenarios, es al fin hundida y disgregada por los agentes naturales, hierbas y roedores, que la horadan y fragmentan como las células cancerosas hacen con los organismos vivos.

Es sorprendente que Villarrobledo no haya sentido la necesidad de conservar un horno como monumento y de levantar otro al tinajero que es el símbolo de su vida y la raíz más robusta de su existencia.

desierto, la mole del horno, con su gran boca de medio punto de cuatro metros y medio de alta y tres de ancha, mirando a las grandiosas naves de los secaderos, de donde le han de traer y devolver a brazo los esforzados tinajeros la obra para cocer y la ya fría después de cocida. No hay nave de bodega de las grandes que supere a la grandiosidad de estos secaderos, donde se fabricaron todas las tinajas que cocieron nuestros mostos, lo mismo en rincones de portales y escaleras que en locales de cientos de miles de arrobas de capacidad.

Todo es gigantesco en la tinajería, casi monstruoso, y el hombre, confundido en la magnitud de las formas, se desliza como una sombra por entre las panzas de las tinajas, gatea por ellas, las domina y se enseñoera de su obra a fuerza de alma, de firmeza y de voluntad.

Entrada a la olla opuesta del horno, la izquierda, que parece un bosque de hierbajos y plantas pinchudas que crecen en la soledad a favor del abandono

